

REFORMA, UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD DOS CONCEPCIONES SOBRE LA UNIVERSIDAD COLOMBIANA EN LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA. UN DEBATE ACTUAL *

Álvaro Acevedo Tarazona **

Resumen

Rafael Gutiérrez Girardot y R. H. Moreno-Durán fueron escritores muy polémicos y críticos con el devenir intelectual y académico del país en el último medio siglo. Asumiendo como eje de la reflexión la literatura y el hito de la revista *Mito* en las letras colombianas, aunque desde argumentos opuestos, cada uno se preguntó por la relación universidad-sociedad. El primero, a propósito del reformismo y la herencia de la hispanidad; el segundo, sobre el cuestionamiento a Mayo del 68 y la mística rebelde de una generación que vio morir la utopía en el mismo instante que creía en ella.

Palabras claves: Literatura, universidad, sociedad, reforma revolución, hispanidad.

Abstract:

Rafael Gutierrez Girardot, R. H. Moreno-Duran were very controversial writers and critics with intellectual and academic future of the country in the last half century. Assuming the axis of reflection and literature magazine *Myth* milestone in Colombian literature, albeit from opposing arguments, each is asked about the relationship between universities and society. The first, by the way of reformism and the Hispanic heritage, the second on May 68 questioning and rebellious mystique of a generation that saw the death of utopia in the same instant he believed in it.

Key words: Literature, university, society, reform revolution, Spanishness.

A manera de introducción. El periplo vital y académico de Gutiérrez Girardot y R. H. Moreno-Durán

* Artículo tipo 2: de reflexión según clasificación de Colciencias.

** Doctor en Historia. Profesor Titular Universidad Industrial de Santander. Director del grupo de investigación Políticas, sociabilidades y representaciones histórico-educativas (PSORHE). Email: tarazona20@gmail.com.

El presente artículo se enmarca en la línea de investigación sobre la historia de la universidad colombiana y de la protesta estudiantil. Si bien el objetivo central de este artículo es confrontar ciertas concepciones de dos escritores sobre la universidad y su deber ser con la sociedad, es necesario, en primera instancia, aproximarse al periplo vital y académico tanto de Rafael Gutiérrez Girardot y R.H. Moreno-Durán para entender sus posiciones argumentativas frente a un debate que de alguna manera deja ver una síntesis de los problemas fundamentales de la educación superior en los últimos cincuenta años.

La vida y obra de Rafael Gutiérrez Girardot y Rafael Humberto Moreno-Durán llaman la atención de especialistas por los múltiples intereses explorados en sus trayectorias académicas. Más allá de ubicarlos en una corriente literaria o estilística, es pertinente acotar que estos personajes optaron por nuevas búsquedas literarias y de reflexión. Pertenecientes a dos generaciones distintas, su obra también muestra un compromiso analítico con el país y la cultura universal.

Rafael Gutiérrez Girardot nació en Sogamoso (Boyacá) en el año de 1928 y llegó a convertirse en uno de los intelectuales colombianos más importante del país por su trayectoria y reconocimiento internacional. Dedicado principalmente a la Filosofía y a la Crítica Literaria, Gutiérrez abandonó el país como abogado para dedicar sus días a la formación filosófica en Alemania de la mano de maestros como Heidegger y Hugo Friedrich. Estos y otros pensadores de dimensión universal reafirmaron la vocación reflexiva y erudita de Gutiérrez Girardot. Profesor en varias universidades europeas, estableció su familia en Alemania, circunstancia que no le impidió desarrollar una permanente confrontación de ideas sobre el ser hispanoamericano, la importancia de la tradición en el devenir de la cultura y la relevancia de la literatura como ámbito de expresión universal.

Parte de los reconocimientos académicos de Gutiérrez Girardot se deben a su formación humanística en campos tan variados como la Sociología, la Filosofía, la Historia y la Literatura Universal e Hispanoamericana. Esta elección le permitió destacarse como traductor de obras desconocidas de la cultura alemana, especialmente de Heidegger. Reconocido como un intelectual de su generación, hizo parte del proyecto editorial *Mito* con su amigo Jorge Gaitán Durán, publicación que reunió a un selecto grupo de escritores de los años cincuenta y sesenta.

Sobre el tema universitario, precisamente, en 1965 Gutiérrez Girardot publicó el ensayo "Diez tesis sobre el tema: Universidad privada y subdesarrollo", en el que criticó las reconocidas tesis de Rudolph Atcon sobre la universidad latinoamericana y el modelo desarrollista de formación académica y científica propuesto para incidir en el "organismo social". Además de haber participado en la creación de la famosa editorial Taurus, Gutiérrez Girardot obtuvo su nombramiento como profesor titular en la Universidad de Bonn en 1970, casa de estudios de donde se retiró en 1993 como profesor emérito. En el año 2005 falleció y hasta sus últimos días no dejó de alzar su pluma contra la medianía intelectual. Para ciertos especialistas, su obra y vida

es reconocida como un ejemplo de madurez y honestidad intelectual a toda prueba (Jursich & Sánchez, 1996, p. 278-279; García Lozada, 2008, pp. 393-413.).

Por su parte, Moreno-Durán quien también nació en Boyacá en 1946, emigró tempranamente hacia Bogotá y terminó formándose como abogado en la Universidad Nacional. Reconocido como novelista y ensayista, saltó al mundo literario por un libro de ensayos sobre la novela latinoamericana cuando apenas tenía veinte años. Conocido como un crítico literario poco convencional, su obra ensayística se caracterizó también por su erudición lectora. Su estilo ensayístico universal lo llevó a colaborar en periódicos europeos, particularmente en *El País* y *La Vanguardia* de España. A pesar de su relativa desaparición temprana, dejó una importante trilogía titulada *Femina Suite*, publicada entre 1977 y 1983, varios libros de cuentos y un texto sobre literatura alemana que tituló *Taberna in fabula* (Espinosa, 2004, pp. 3-8.).

Como se puede apreciar, estos dos académicos, formados inicialmente en el Derecho, dedicaron su existencia a la lectura juiciosa y crítica, principalmente, de la literatura hispanoamericana, sin descuidar su formación erudita en las obras de los grandes autores universales. Seducidos por la cultura alemana y por el legado europeo en las sociedades latinoamericanas, no dejaron por fuera de sus intereses un lugar fundamental para el estudio de las relaciones entre educación y sociedad. La universidad fue tema de sus preocupaciones, eso sí, en dos momentos diferentes debido a la inevitable pertenencia a tiempos distintos. Sin embargo, cada uno a su manera apuntaló visiones diferentes y críticas sobre el destino y el papel de la universidad.

Para cerrar esta breve introducción sobre la vida y obra de los dos académicos, es necesario recordar que el siglo XX fue la centuria en que la universidad a nivel continental adquirió una gran importancia no sólo para el Estado sino para la sociedad civil. Luego de las luchas democráticas de principios de siglo en Córdoba, el ideal liberal de la clase media continental se expandió por todas las naciones (Vargas, 2000a; 2000b, pp. 85-109). En el caso colombiano, los años treinta presenciaron una reforma a la Universidad Nacional, en la que se formarían Gutiérrez y Moreno, que la puso a tono con el ideal universitario (Sánchez Botero, 2009, pp. 519-555). Este intento de modernización se vio truncado por las tensiones entre los proyectos agenciados desde arriba por el Estado y las posiciones tradicionalistas y por el subsiguiente viraje de la política educativa universitaria, desde los años sesenta, hacia un proyecto desarrollista con base en el modelo universitario norteamericano (Acevedo, 1997).

Las dos visiones en este artículo se refieren a la época conflictiva que vivió la universidad colombiana entre los años sesenta y setenta del siglo pasado. Una época de efervescencia y rebeldía juvenil que pretendía cambiar la sociedad en pos del *hombre nuevo* emulado por Guevara, y que pese al radicalismo de las izquierdas representó para el país un acercamiento a ideas, valores y hábitos en boga en diferentes partes del mundo. El ideal comunista con base en el principio, según lo escrito, en la *Crítica al programa de Gotha* (1875) —“de cada cual sus capacidades, a cada cual según sus necesidades”—,

y el determinismo social y económico que caracterizó la mirada estudiantil de esta época –que casi todo lo quiso resumir a la lucha de clases contra el capital imperialista–, se complementó con la obstinación de la política oficial que siguió a pie juntillas las recomendaciones de entidades y asesores norteamericanos, imbuidos de la ideología del desarrollo (Atcon, 1963; Escobar, 2007).

Tanto Gutiérrez Girardot como Moreno-Durán se convierten en dos voces reflexivas que experimentaron aquellos años, uno como profesor en varias universidades de Bogotá y el otro como estudiante en la misma ciudad. La presencia de cada uno en la universidad y sus posiciones críticas de su acontecer también expresaron los grandes cambios, y anhelos, de la sociedad colombiana a partir de la segunda mitad del siglo XX. La expansión de la matrícula universitaria, el crecimiento de las ciudades, la posibilidad de ingreso de una clase media a la educación superior y el acercamiento a un mundo menos ensimismado en los valores de la tradición, son algunos de los indicios que permiten reconocer a Gutiérrez Girardot y Moreno-Durán como testigos y protagonistas, a su modo, de una transformación social de grandes implicaciones políticas y culturales para el país (Le Bot, 1985, pp. 72-84). Aproximarse a los análisis de estos dos escritores sobre la inconclusa y atropellada reforma universitaria de los años sesenta, que todavía se debe esta nación, y a los debates académicos y políticos de profesores y estudiantes, representa un paso más en la comprensión del acontecer cultural, educativo y político del país.

Por una auténtica reforma universitaria

En un texto que lleva por título *Universidad y sociedad*, publicado por Rafael Gutiérrez Girardot en la revista *Argumentos* de 1986, se encuentran las ideas que identifican el pensamiento de este escritor sobre la reforma universitaria en América Latina (Gutiérrez, 1986, pp.63-76). Estas concepciones son a la vez una vuelta al sistema de pensamiento sobre la falacia de la democratización universitaria en las sociedades hispánicas, tema recurrente en su trayectoria intelectual.

Tres tesis desarrolla Rafael Gutiérrez Girardot en este escrito que se propone romper con las demagogias patrióticas y los dogmas sacrales del alma máter. La primera tiene que ver con la democratización de las sociedades que ha obligado a revisar la misión y la función de la Universidad y a realizar reformas universitarias que promuevan dicha tarea. Para Gutiérrez Girardot El problema consistió en que bajo el impulso del movimiento estudiantil del 68, que pretendió acabar con una tradición secular universitaria en Europa, las impulsivas y fracasadas reformas impusieron una mayor o menor democratización de la Universidad (como en Francia y en la República Federal de Alemania) que en la praxis se convirtió en una burocratización y, finalmente, en una profunda perturbación de la investigación y la docencia, que no fue compensada por ninguna de las expectativas que despertó la reforma (Gutiérrez, 1986, p.63).

En su lugar, acota el autor, este proceso condujo a la manipulación de las decisiones y de proyectos de grupos que entraron en las dinámicas de unas jerarquías sin norte, veladas por intereses políticos. El *hombre nuevo*, versión moderna de San Francisco de Asís, enfatiza Gutiérrez Girardot, promovió reformas para una sociedad abstracta sin reconocer el ethos universitario, personal y científico que se había forjado en las tradiciones académicas. El descenso de la calidad y de la productividad científica fue el resultado de tales reformas democratizadoras que a la postre condujeron a la consolidación de un sistema profesionalizante e impersonal en la vida académica.

El ideal de *hombre nuevo* que debía producir la revolución fue uno de los propósitos que obsesionó al Che Guevara para hacer de los cubanos verdaderos seres humanos, capaces de superarse cada día. Pierre Kalfon en su biografía del Che describe a este individuo guiado por una ética elemental que denomina: Marx, más Don Quijote, menos los molinos de viento (Kalfon, 1997, pp.369-371). Es el trabajador sufrido que se entrega en cuerpo y alma a la revolución, sacrificando las horas de descanso y de familia. Nada lo detiene con tal de alcanzar este magno propósito, pero la realidad es muy superior pese a los comportamientos de caballero andante que asume el Che para que los cubanos entiendan la necesidad de esta metamorfosis. Si le ofrecen un vaso de leche lo rechaza en cuanto no haya para los demás, vela porque los menús de su ministerio sólo sirvan carne una vez a la semana, incluso en las raciones para su familia. Esta búsqueda de un hombre nuevo, de un no-hombre, también aconteció en las selvas del Magdalena medio santandereano cuando a la línea intelectual de estudiantes universitarios incorporados al ELN se les exigió sacrificios igual o mayores que a los campesinos de la naciente organización subversiva. Cualquier desvío hacia este ideal era señalado como *devaneo pequeño burgués* que se pagaba con la muerte. ¿La marcha de Camilo Torres hacia la guerrilla también es interpretada como la búsqueda de este ideal que de inmediato convertía al elegido en peón y mártir de la Revolución? Sobre esta elección no hay acuerdo. Mientras que para Gutiérrez Girardot el camino de Camilo es consecuencia de un acto irreflexivo, para François Houtart, maestro de aquél en la Universidad de Lovaina, la decisión de Camilo fue un acto coherente con todo lo que pensaba, que era luchar por los más pobres. En contraste con los estudiantes latinoamericanos en Lovaina de ahora, advierten los críticos, que son hijos de grupos familiares acomodados y sólo llegan allí para obtener un diploma y luego dirigirse hacia sus países y obtener más éxito en la alta sociedad (Fandiño y Grisales, 2003, p.20). A cuarenta años de la muerte de Camilo su acto heroico o irreflexivo aún pervive en la memoria de intelectuales de su tiempo, en algunos estudiantes universitarios de ahora y en el propio ELN que se resisten a olvidar su pensamiento y su plataforma política en el Frente Unido¹ (Caribello y Silva, 2006, pp.1-2).

¹ Orlando Fals Borda, amigo y colega en la Universidad Nacional, en la nueva Facultad de Sociología, resume la Plataforma de Camilo para un movimiento de unidad popular (1965): “trabajar por la dignidad de los pueblos hoy dominados y explotados y contra el intervencionismo norteamericano; desarrollar una ciencia propia, la nacionalización de empresas del Estado, la educación pública gratuita, la autonomía universitaria, las reformas agraria y urbana, la planeación como acción participativa y comunal, las cooperativas y la participación de obreros en las empresas” (Fals Borda, 2006).

La segunda tesis de Rafael Gutiérrez Girardot, expuesta en este provocador ensayo, tiene que ver con el desarrollo de la ciencia pura y desinteresada en el alma máter, único impulso fecundo para la vida académica de las instituciones universitarias. El problema consiste en que las condiciones para que haya una relación adecuada entre Universidad y sociedad en estos países de lengua castellana no se solucionan institucionalmente. Pues el menosprecio de la ciencia y de la cultura, que es una consecuencia inmediata del rechazo de las cosas y del rencor, sólo puede ser superado por una reflexión histórica y *sine ira* sobre un elemento sustancial de las sociedades hispánicas, esto es, la religión católica en su versión española contrarreformista y como una institución de poder terrenal que, en beneficio del dogma, constituyó ha constituido un factor esencial del estatismo de las sociedades hispánicas (Gutiérrez, 1986, 68).

En esta tesis, Gutiérrez Girardot argumenta que en una novela de Galdós como *Doña Perfecta* (1876) se pueden conocer las raíces del fanatismo en la vida social hispánica, o que en un texto de José Luis Romero como *Latinoamérica, la ciudades y las ideas* se puede asistir a una lectura antropológica, muy distinta del patriotismo puramente sentimental que explica el decurso de nuestras sociedades.

En un sistema de tradiciones cerradas como las del continente latinoamericano, que no admite lo variable y singular de los fenómenos sociales, Gutiérrez Girardot está de acuerdo con José Ortega y Gasset cuando afirma que España ofreció a la vida “un corazón blindado de rencor y un progresivo derrumbamiento de los valores”. Lo que a la postre condujo a una forma de rechazo de las cosas, que no es más que frivolidad, letargo intelectual y esterilidad teológica en los comportamientos de la vida social hispánica. De ese crisol, adjetiva Gutiérrez Girardot, han surgido figuras como el “confuso” Camilo Torres o “el pretencioso y cantinflesco teofilósofo” Enrique Dussel (Gutiérrez, 1986, p.68).

Para sostener estos argumentos, Gutiérrez apela a las raíces que afirmaron la hispanidad en América Latina, entre ellos un anacrónico texto que por más de tres siglos (XVIII, XIX y XX) fue decisivo en la socialización de los niños: el *Catecismo de la doctrina cristiana* del padre Gaspar Astete. Un texto que respondió a los problemas planteados al catolicismo del siglo XVI por la Reforma de Lutero y el erasmismo. Algo así como la construcción de un mundo en el que “el que no está conmigo está contra mí”. Esta visión intolerante de oposiciones no podía conducir a otra cosa que a la demagogia del eurocentrismo y al recurso de la ciencia para encubrir y justificar la carencia de rigor.

Clérigos, obispos y el aparato católico en general desempeñó este papel en América Latina que se puede encontrar, en toda su amplitud, en obras como el *Lazarillo de Tormes* o *Aves sin nido*. Es cierto que el catolicismo en la América hispánica ha entrado en un proceso de secularización, pero sus huellas –aclara Gutiérrez Girardot– no permiten todavía una recepción crítica y provechosa de las corrientes modernas. Así, como tercera tesis de este autor: odio, tergiversación, simulación, dogmatismo y polarización de la vida social y

cultural, más la violencia de *le sacré*, son precisamente los elementos contrarios a la libertad del saber, a la búsqueda del conocimiento, al ethos intelectual, a la tolerancia y a la crítica, esto es, a lo que constituye la Universidad y en general la educación (Gutiérrez, 1986, p.72).

Para Gutiérrez Girardot, la Universidad no ha logrado constituirse como una barrera para detener la violencia y el dogmatismo de dos castas provenientes de la jerarquía feudal: oradores y guerreros. Dos formas que no sólo han debilitado la convivencia en la sociedad civil sino que se han ido contra ella convirtiéndola en un cuartel de violencias. Una dinámica histórica que sin duda ha conducido al derrumbamiento de los valores y corrompido a la sociedad hasta los huesos. Es por ello, según Gutiérrez Girardot, que no deben sorprender la mafia o fenómenos de delincuencia para enriquecerse fácil y provechosamente, si el sistema educativo de la “libertad de enseñanza” y de la “iniciativa privada” enseñan a enriquecerse rápida, fácil y desconsideradamente (Gutiérrez, 1986, p.73).

Para el ensayista, la universidad no es el reflejo sino el producto de una sociedad. Un sistema educativo no podrá entrar en la senda de una revolución mientras los supuestos dogmáticos rijan la vida social y cultural, mientras la autonomía universitaria y la libertad de enseñanza se asuman como autonomía y libertad para fundar colegios y universidades de lucro o mientras estas instituciones se conciban como clubes o tierras de misiones. La tarea fundamental de la universidad en América hispánica es la asimilación crítica del saber.

¿Asimilación crítica del saber? ¿Acaso, el europeo? Para Gutiérrez Girardot no hay lugar a dudas sobre esta opción: un saber, llámese occidental o europeo, que ha sido el resultado de una reflexión disciplinada y racional exitosa sobre las ciencias, las artes y las humanidades. Con esta elección, ¿acaso, se podría interpretar una visión sesgada y unilateral por parte de este pensador? ¿Qué lugar ocupa en las tradiciones la participación del saber autóctono de pueblos y culturas que, pese a la debacle demográfica y la catástrofe de la conquista, dejaron su impronta en el ser latinoamericano? Hay silencio, por lo menos, en este ensayo de Gutiérrez Girardot. A manera de excusa, asumamos que su reflexión está centrada en el ideal de universidad y no en otro ámbito de la cultura.

Pero si se trata de reconocer los propios esfuerzos para “regresarle la dignidad intelectual a Colombia y sacarla del Tíbet vergonzante y sangriento en que se había convertido”, después de 1950 con el ascenso al poder de Laureano Gómez, Rafael Gutiérrez Girardot no duda en resaltar el esfuerzo cultural emprendido por los fundadores de la revista *Mito* en 1955, Jorge Gaitán Durán y Valencia Goelkel. A quienes después se sumaron Eduardo Cote y el propio Gutiérrez Girardot².

² En el primer número de *Mito* aparecieron como colaboradores: Gaitán, Valencia Goelkel, Gómez Valderrama, Charry Lara, Arbeláez, Cote, Fuentes, J. E. Ruiz, Latorre Cabal, Cernuda, Gutiérrez Girardot, Carlos Rincón, Salcedo Silva, Buenaventura, Andrés Holguín y Marta Traba (Gutiérrez Girardot, 2005, pp. 4-5).

La revista *Mito* asumía una actitud crítica y renovadora como la revista de Sartre *Temps Modernes*, fundada en la calidad de los artículos y la elaboración de ensayos, poemas y narraciones de alto sello literario. También se propuso la sana convivencia intelectual y social sin adherir a ideologías ni intereses ni vanidades. Apertura de mundo, entre ellos el cultivo a la crítica de arte y cine fue otro de los sellos distintivos de esta publicación, dice Gutiérrez Girardot. Pero ante todo, una proclama contra el aislamiento provinciano y mediocre con el que la usurpadora “clase dirigente” mantenía y mantiene al país en un estado de pomposa y violenta inercia (Gutiérrez, 2005, pp.4-5). Un desafío revolucionario en un país que se administraba como una parroquia. Así, para el ensayista, un resquicio para la rehabilitación del erotismo dio a la publicación una dimensión de denuncia contra la castidad pervertida y perniciosa de la cotidianidad nacional. *Mito* marcó a una generación en la cultura intelectual colombiana. A los hombres y mujeres nacidos en el ambiente de las reformas liberales de Alfonso López Pumarejo, la muerte Gaitán y Mayo del 68. Bien señala Marc Bloch que el comportamiento de una generación presenta, respecto a grupos sensiblemente más viejos o más jóvenes, rasgos distintivos por lo común muy claros. Esto sucede hasta en sus desacuerdos que pueden ser muy profundos. Apasionarse por un mismo debate, aunque sea en un sentido opuesto, es todavía parecerse. Esta comunidad de huellas, que proviene de una comunidad de una época, forma una generación (Bloch, 2001, p.171).

Universidad: justicia y rebelión

Tal vez no ha existido un autor más polémico sobre la generación de los años sesenta en Colombia que R. H. Moreno-Durán (1946-2005). Dos escritos llaman la atención sobre un tema recurrente en la obra ensayística y literaria del autor de *Femina Suite*, como si fueran la continuidad de dos momentos en su vida creativa: “La memoria irreconciliable de los justos: la Universidad Nacional en la década de los sesenta” fue escrita en 1989 (Moreno, 1989, pp.77-87) y casi tres lustros después Moreno-Durán publicaría un ensayo no menos polémico que el anterior: “Los intelectuales, entre la rebelión y el terrorismo” (Moreno, 2003, pp.12-13).

Albert Camus fue uno de los autores de cabecera de Moreno-Durán y en especial dos de sus obras: *Los Justos* y *El hombre rebelde* (1959). La primera de éstas se constituye en una pieza teatral clave para comprender las posiciones políticas y los comportamientos de la generación de los años sesenta. Sobre todo cuando sus principales protagonistas como Daniel Cohn-Bendit consideran que sus participaciones en aquellas memorables jornadas de Mayo del 68 ya ni siquiera dan lugar a la nostalgia. Como movimiento político, Mayo del 68 fracasó, como revolución cultural este mismo acontecimiento es un ejemplo para que los estudiantes de ahora entiendan que cada generación elabora sus propias experiencias. Estas eran las propias palabras de Daniel *El Rojo* a sus 59 años de edad como diputado del Parlamento Europeo en nombre del Partido Verde (Salazar, 2004, p. 3).

Empero, aquella “década prodigiosa”, ironiza Moreno-Durán, habría de comenzar con una temprana orfandad que provocó la muerte de dos personajes en los extremos de la reflexión y la frivolidad: Albert Camus y Marilyn Monroe (Moreno, 1989, p.77). Una época en la cual ser joven reñía con el falso pudor y la vergüenza ajena. Una generación, no obstante, acota Moreno-Durán, que militó contra la intolerancia y la hipocresía, pero ante todo que intentó cabalgar en el lomo de la Historia. *Yo tenía veinte años, no permitiré que nadie diga que no es la edad más hermosa de la vida*, sentencia que hizo escupir a los jóvenes en las tumbas de quienes cercenaban la utopía y prometían un futuro de farsas, y sin embargo nunca estuvieron dispuestos a renunciar a un estado de dicha permanente, apuntilla Moreno-Durán.

Los Justos dejó en sobre aviso a quienes se enredaban en el vicio del entusiasmo y la insolencia contra todo lo que odiaban. *No he tenido tiempo de ser joven*, había sido el lamento de Iván Kaliayev, el terrorista ético de esta pieza teatral. “No le concedo la menor importancia al hecho de ser joven, frase extraída de la soporífera novela *Bonjour tristesse*, vuelve a la carga Moreno-Durán. La juventud se reconocía traicionada y reclamaba cuentas a sus padres. Nunca como antes no se cansa de ironizar R.H. Moreno-Durán la Historia era rica en crímenes y vejaciones, gracias a la televisión que permitía asistir en primera línea de fuego a la guerra de Vietnam, la crisis de los misiles en Cuba o la invasión de Santo Domingo.

Para Moreno Durán, los estudiantes de la Universidad Nacional aclamaron a Camilo Torres en los balcones de la cafetería central y meses después lloraron su muerte. Quién de aquellos no conoció de los sacrificios heroicos del Che y cuántos no derramaron lágrimas por su muerte. Moreno-Durán pinta cada escena como un guionista más de la tragedia ajena. Un consuetudinario de la revolución que asiste a la muerte de sus compañeros de universidad y amigos de bohemia en el mismo instante que va descubriendo que “la promiscuidad es democrática”.

En literatura no es tanto el por qué sino el cómo lo que hace a un autor distinto. Camus representa esto y mucho más en la obra de R. H. Moreno-Durán. Es el escritor que se atrevió a decir la verdad en una época en la cual decir la verdad era contrarrevolucionario. El escritor del absurdo –el divorcio entre el impulso del hombre hacia lo eterno, y el carácter finito de su existencia– hizo su entrada al mundo universal de las letras con *El Extranjero* (1942), obra y autor desconocidos que poco después la crítica recibió como el mayor acontecimiento desde el Armisticio. Así, se pregunta Moreno-Durán: “¿Por qué los ideales se pervierten al extremo de convertirse en asesinato?”, “¿puede haber rebelión sin crimen?”. Tanto en *El Extranjero* como en *El mito de Sísifo* –obra publicada a unos cuantos meses de la primera– y *El hombre rebelde* (1951) se encuentran la unidad de un pensamiento reflexivo sobre la apología del homicidio en nombre de la revolución, y en particular de una generación sin Dios ni Estado que asesinó a sus congéneres apelando a la Historia y El Porvenir (Moreno, 2003, p.13).

Este es el sentido que Camus dio al dramático destino de la juventud en los años sesenta. Un destino que se expresa en la realidad inmediata de Moreno-

Durán con una representación de *Los Justos* que en 1968 hizo uno de los grupos de teatro de la Universidad Nacional, poco antes de que Carlos Lleras Restrepo convirtiera el campus en un centro de maniobras militares. Hecho que Moreno-Durán no deja de referir para mostrar el carácter mezquino y vengativo de este “prohombre nacional”, que con sus acciones permitió constatar que así como se hablaba de una erótica del Poder también había una obscenidad del Poder (Moreno, 1989, 87). Así describe R. H. los acontecimientos de aquellos fatídicos años para la Universidad Nacional:

El gobierno de Carlos Lleras Restrepo había convertido la Universidad en un campo de maniobras militares, como indudable represalia por la encerrona a que un grupo de exaltados lo había sometido en noviembre de 1964 en la Facultad de Derecho. Y aunque la obra de Camus dividió a los estudiantes, una serie de hechos había sensibilizado a la mayoría: la muerte del ex capellán Camilo Torres Restrepo a manos del ejército en febrero de 1966, el asesinato del Che Guevara en octubre de 1967, la aureola romántica que entonces rodeaba a los recién formados grupos guerrilleros –inspirados en la Revolución que había triunfado en Cuba seis años antes y que fue saludada por Sartre en su texto *Huracán sobre el azúcar*– en cuyas filas militan muchos estudiantes, tránsfugas de un movimiento forzosamente golpeado desde el Poder y, en fin, el aire contestatario que protagonizaba la juventud del mundo entero. (Moreno, 2003, p.13)

La toma de la Universidad Nacional ocurrió en el año de 1967, un hecho sin precedentes en la historia de este claustro que por primera vez era “profanado” por la bota militar. Refiere Moreno-Durán que cerca de diez mil estudiantes fueron detenidos y que nadie se salvó de la represión –celadores, conserjes, decanos, doctores– incluyendo al loco Agudelo y a un imaginativo líder de la revuelta que, llevado por el temor de ser torturado si caía vivo en manos del enemigo, se disfrazó de bailaora de flamenco en El Castillo de los Monstruos, que era como llamaban a las residencias femeninas, y a donde había ido a buscar asilo. La ira del presidente, relata Moreno-Durán, se extendió a potreros aledaños y casas de algunos profesores, y aún alcanzó para que se firmara un decreto de expulsión de Martha Traba, directora entonces de la oficina de Extensión Cultural, porque se atrevió a decir que la Universidad en nada se diferenciaba del Sinaí. Y todo porque el presidente, acota Moreno-Durán, había sido abucheado y sacado a tomatazos del interior del campus en presencia de uno de los Rockefeller.

Desde otra orilla, no está demás poner en contraste el mismo acontecimiento en la pluma de Enrique Santos Calderón, en su artículo para el tiempo del 26 de noviembre del año 2011 titulado: “De cocteles molotov y senos al aire; recuento de marchas estudiantiles”. Por la descripción de los hechos y la posición de contraste (subtitulada “una encerrona histórica”) a la de Moreno-Durán, se deja literalmente el recuento de los acontecimientos por el propio Santos Calderón:

Antes de clausurarse, la PU [Página Universitaria de *El Tiempo*] protagonizó un insólito episodio, que denotó la virginidad política de sus directores y que casi termina en el linchamiento del candidato presidencial Carlos Lleras Restrepo en la Universidad Nacional.

Engatusados por el presidente de la FUN, Julio César Cortés (estudiante de Medicina, luego fusilado en el Eln), patrocinamos en forma conjunta un encuentro del candidato Lleras con la juventud universitaria en el aula máxima de la Nacional. La UN era un hervidero revolucionario, pero hicimos caso omiso de las advertencias de la campaña de Lleras e insistimos en que sería inexplicable que el candidato del Frente Nacional no se atreviera a hablar en la primera universidad del país.

El día de la conferencia, todo pintaba bien: el aula máxima estaba repleta de eufóricos estudiantes que portaban pancartas a favor del candidato. A las 5 de la tarde, Carlos Lleras hizo su ingreso al atestado recinto y apenas subió al podio, tras una displicente presentación de Cortés, en el momento de iniciar su intervención se desencadenó la más inverosímil lluvia de huevos y naranjas, en medio de un ensordecedor coro de consignas contra Lleras y la oligarquía liberal-conservadora. Las pancartas que alababan al Frente Nacional se convirtieron por arte de magia en banderas rojinegras a favor de la lucha armada: de "Viva Lleras y el FN" a "¡Ni un paso atrás: liberación o muerte!".

De nada valieron las súplicas del rector, José Félix Patiño, para que se permitiera escuchar a Lleras. Fueron eternos minutos de angustia. Yo sentí que me consumía la vergüenza. ¿Cómo fuimos tan inocentes e irresponsables? Habíamos llevado a Lleras a una increíble encerrona, que hablaba tanto del refinado nivel de organización de la FUN como de nuestra ingenuidad de niños bien metidos en la boca del lobo.

La situación se deterioró peligrosamente. La enardecida masa estudiantil, aupada por líderes de la Juco (Juventud Comunista) y del Eln, comenzó a rodear la tarima, donde Lleras era protegido por su séquito de crecientes intentos de agresión física. Un estudiante mulato de Sociología, el 'Negro' Castillo, intentaba darle coscorrónes en la calva al candidato, mientras este era empujado en medio de un cordón de sus seguidores hasta la decanatura de Derecho, donde logró refugiarse.

Ahí comenzó un largo sitio. Los acompañantes de Lleras se colocaron frente a la puerta de la decanatura para impedir que fuera derribada por el embravecido tumulto que pedía canjear a Lleras por presos de la guerrilla.

La tensión se prolongó dos horas, hasta que el presidente Guillermo León Valencia ordenó a la Guardia Presidencial rescatar al asediado candidato. Hacia las 7 de la noche, en medio de gritos marciales y repartiendo culata, unidades de la Guardia irrumpieron en la facultad de Derecho y se llevaron a Lleras. Detrás quedaron vidrios rotos, pupitres destrozados y varios estudiantes contusos. Entre ellos, el 'Negro' Castillo, al que alcancé a ver con el rostro ensangrentado tras recibir tremendo culatazo cuando pretendió oponerse al avance de los soldados.

Ese día también voló en pedazos la sagrada norma de la autonomía universitaria. El mito de que la universidad era territorio vedado para la Fuerza Pública desapareció tras esa asonada de junio de 1966 contra

Lleras, quien no olvidó el amargo episodio. Luego, como presidente de la República (1966-1970), ordenó más de una vez el ingreso de la tropa a la universidad cuando las protestas se salían de madre. No hay fuero para el desafuero, fue su norma.

En la representación de *Los Justos* en el teatro Colón, uno de los actores principales se suicidó y a partir de este hecho la pieza teatral comenzó a cobrar una cuota fatídica cuando otros de los que participaron en dicha obra buscaron el “suicidio histórico” al marchar a la guerrilla y morir en combate. “No hay problema filosófico más serio que el suicidio”, escribió Camus en *El mito de Sísifo* para llamar la atención sobre la metamorfosis estudiantil que se ilustra en el mundo ideológico de *Los Justos* y *El hombre rebelde*: convertirse en terroristas y asesinos –señala y enjuicia a los radicales de su generación R. H. Moreno– con tal de herir de muerte al enemigo (Moreno, 2003, p.13).

¿Es acaso Moreno-Durán un retrógrado, un reaccionario? Si hubo un escritor que asumió posiciones políticas frente a la realidad colombiana, ése fue Moreno-Durán. Ni Gaitán ni Galán habrían podido con este país, con su clase política, apuntilla el escritor y ensayista. Sus muertos son doblemente impunes. Fueron absolutamente inútiles, la confirmación de la utopía. Colombia es un país de utopías sangrientas. Con estas frases lapidarias finalizan las declaraciones que este abogado de la Universidad Nacional (1958) dio a Enrique Posada para las lecturas dominicales de *El Tiempo* (Posada, 2004, p. 4). En política se consideraba un ácrata, una posición indómita, aclararía, que descubrió en la Universidad cuando fue candidato a elecciones estudiantiles.

Camus permitió a Moreno-Durán encontrar respuesta a una pregunta que estuvo presente tácita o explícitamente en su generación: la apología del homicidio de hombre a hombre. Para R.H. la servidumbre ideológica en *Los Justos* y escritores como Sartre, en cierta forma, explican este azaroso camino elegido por los militantes de su generación. Pero si hay algo que reprocha Moreno-Durán a Camus fue responderle al círculo de Sartre –el más grande error de un escritor– por el supuesto alinderamiento de Camus en *El hombre rebelde* con los valores burgueses. Sartre y su círculo en la revista *Les Temps Modernes* creían en la verdad del socialismo; por ello, señala Moreno-Durán, las posiciones de Camus no podían ser otra cosa que las de un moralista, idealista y anticomunista que se quedaba rezagado de la Historia.

¿Acaso el terror es libertad?, se pregunta Moreno-Durán luego de ver pasar el mismo río de sangre en Colombia desde siglos ha. Una historia que se repite, según él, desde que el país se jodió en la República Liberal, cuando no pudo llevar a cabo su reforma. Lo preocupante es que la política en Colombia –no deja de ironizar– es un estado de ánimo. En Colombia se vota con las vísceras y ese comportamiento no va a cambiar en un país descreído y sin líderes, con generaciones no sólo ignorantes, sino iletradas, sin imaginación (Posada, 2004, p. 4).

El espíritu de Mayo: una revolución en forma de mujer

El humor, la mujer, el placer y la epidemia nadaísta, esta última tan nefasta para la literatura como Carlos Lleras Restrepo para el país –según el escritor y ensayista– son temas ineludibles en el universo narrativo de Moreno-Durán. Aunque se asume como un ácrata en política, Moreno pregona una visión trágico optimista del futuro. Su generación fue la primera en cambiar los términos de la iniciación sexual, pese a que algunas madres se empeñaran en sacrificarse para salvar la virtud de sus hijas. La mayor parte de sus coetáneos tuvo la fortuna o la decepcionante derrota –apuntilla– de hacer el amor por primera vez con su novia de turno. Por ello no puede olvidar que fue en mayo del 68 cuando Rodolfo el Intrépido conquistó la virginidad de la hegeliana. La mujer de aquellos años promovía la realización, tal vez sin saberlo, del imperativo del graffiti parisino: *desabotonarse el cerebro tantas veces como la braguita* (Moreno, 1989, p. 79). Una acción que motivaba a las impúdicas e insaciables manos cuando el afrodisíaco expelido por aquellas mujeres de caras limpias de coloretos y afeites, colas de caballo o cabelleras sueltas y olor a lavanda invitaban al banquete orgiástico, en contraste con aquellas otras señoritas de la Facultad de Derecho de tacón alto, de incisivos y jurisprudencias, *rouge* patético en los labios y unas faldas que invitaban al pudor o a la desbandada general, pues en ellas cundía la sospecha de que no hacían el amor ni siquiera por equivocación. Sin Meninas, R. H. nunca habría escrito *Juego de damas*; las Mandarinas era cuestión de verlas crecer con calma. La doctrina social y el empeño con el que quisieron iniciarlo en los ritos del amor, dejó en claro que el sexo es el único bálsamo contra los infortunios de la inteligencia y que el instinto no es democrático (Moreno, 1989, p. 80). El placer se impuso en aquella época y *Ellas* aliviaron los pesares de su generación. Por eso, Meninas, Mandarinas y Matriarcas encontraron su espacio en las tres novelas de *Femina Suite*, ciclo que Moreno-Durán comenzó a escribir en el año 69. Sin su libertad e independencia, sin su espíritu franco y abierto no habían sido posible (sus) Meninas, esas jóvenes tan rotundas en sus ofertas como implacables a la hora del ajuste de cuentas: inteligentes y ambiciosas, lascivas como bacantes frenéticas; ellas fueron la mejor comprobación de que el espíritu de Mayo había florecido en forma de mujer (Moreno, 1989, p. 80).

Pero los días de tanta belleza, apoyados en el mito de la autonomía universitaria –lamenta R. H. Moreno– estaban contados por la ira incontenible de Lleras Restrepo. La Universidad ya no volvió a ser la misma, prueba de ello fue la situación de letargo académico que padeció no sólo la Nacional sino el sistema universitario colombiano. Para Moreno-Durán la represión fue la causa de la crisis universitaria, un argumento del que de alguna manera se aparta Rafael Gutiérrez Girardot al considerar que son los visos de la tradición y el autoritarismo de las ideas los que han creado el letargo en la universidad. Pero en lo que si están de acuerdo estas dos figuras intelectuales de Colombia fue en la impronta de formación que dejó las memorables páginas de la revista *Mito* en la generación de los años sesenta (Rivas, 2010).

La constatación de que las palabras no son asépticas e indiferentes y que quienes compulsivamente optan por el *Poder* lo hacen a costa de la *Verdad*. Una espuria elección –atribuida por R. H. Moreno a Camus– de la que nació *La peste* y en Colombia el endémico Estado de Sitio. Contra la peste se

levantan *Los Justos*, pues “es mucho más fácil vivir por la contradicción que vivirla”. Tras la masacre de Tlatelolco en México, la represión contra los adalides de Mayo en Francia o la liquidación de la Primavera de Praga, señala Moreno-Durán que la protesta cundió y las víctimas se multiplicaron, porque la Peste no perdona. *Los Justos* se multiplicaron más allá de las razas e ideologías, más allá de las geografías y las lenguas: y cuando todos creían –incluyéndose él– que por fin iban a vivir el sueño, la Peste barrió con su aliento nefando cualquier posibilidad de decencia, despertó a las ratas y, como en las postreras páginas de la fábula de Camus, las envió a morir a la alegre ciudad de la Utopía (Moreno, 1989, p. 83).

Para R. H. Moreno mayo del 68 atrapó a su generación con su mística rebelde, pero también los marcó con el estigma de la decepción. A partir de entonces la utopía fue imposible y la época se hizo miserable hasta en lo cotidiano. Quedaron las comunas y el calor colectivo de la tribu. Como un testigo de la tragedia ajena y un sobreviviente de *Los Justos*, Moreno-Durán recuerda la grata impresión que le causó el encuentro con María Isabel Hernández, quien había representado el más entrañable y hermoso de los personajes en *Los Justos*, el de Dora Dulevov, la muchacha que sacrifica su amor por Kaliayev a nombre de una revolución en la que los sentimientos poco cuentan frente a los imperativos de la Historia (Moreno, 1989, p. 84). Mayo del 68 le ratificó a Moreno-Durán, y a su generación, que no se podía creer en todo, menos en la inocencia. Que no había Justos, como en la obra de Camus, porque no había lugar para el llanto o la duda de los supervivientes.

La literatura y el universo de la mujer fue el sucedáneo que llevó a R. H. Moreno a encontrar en los libros de la Universidad una patria para hacer soportable el dolor: “Cuando yo elegí la literatura contra el Derecho, elegí una patria diferente de aquella que tradicionalmente inspiró códigos amañados e indigestos, leyes que consagraban para sus astutos intérpretes la cuota del león de toda rapiña...”. Los escritores también se confiesan, como los pecadores quieren expiar sus elecciones. La revista *Eco* abrió las puertas a Moreno-Durán con su primer trabajo literario, casi premonitorio de sus elecciones como escritor: *Lautréamont, un prolegómeno de la rebelión*. Lo cual ya lo definía como un escritor marginal e irreconciliable, en un acto de protesta total. Ángel Rama bautizó a esa generación de revuelta y utopía, después del Boom, con el título de “Los contestatarios del Poder”. Definición que no le disgusta porque su escritura quiso ser la constatación –así lo afirma– de una ética de la trasgresión, de la prosa insurgente. Pero como no hemos de creerle todo al autor, se podría también afirmar que la pluma de R. H. Moreno fue mordaz y pecaminosa, ausente de cualquier misoginia, porque “no puede haber revolución sin una general copulación”, *leit-motiv* de Peter Weiss (Moreno, 1989, p. 85).

Los Justos –última confesión de Moreno-Durán– resume el *puzzle* doloroso y absurdo del cual él y su generación hizo parte: en el fondo sustentaban la insurgencia en una idea –también él–, que algunos llevaron con honestidad hasta sus últimas consecuencias y otros afianzaron en la sobriedad de una escritura, distanciada pero no menos rebelde o divorciada de los hechos (Moreno, 1989, p. 87).

Si Camus abriría el camino a las angustias de Rafael Humberto Moreno-Durán, durante su “trasgresora existencia” admiró a Cervantes y a Joyce. *El Quijote* creó el género y lo sometió a crisis. No es sólo la maravillosa historia de ese caballero, sino también la forma como está escrita (Posada, 2004, p. 3). Pero si *El Quijote* es el camino hacia la modernidad, aclara, *Ulises* rompe con toda la literatura naturalista y realista del siglo anterior: diez y ocho capítulos a lo largo de diez y ocho horas derrumbó todos los paradigmas vigentes de la novela. Con *Ulises* –dice– descubrí que sólo lo difícil es estimulante. Es como una mujer, que mientras más difícil me lo pone, más interesantes [para mí] son los resultados (Posada, 2004, p. 3). En sus últimos años R. H. se reconcilió con García Márquez. Un autor que para él y otros de su generación se convirtió en una especie de sombra al ser considerado por cierta crítica literaria como el único escritor original latinoamericano. García Márquez demostró que en narrativa no sólo hay que tener algo para contar, sino, más importante aún, saber contarlo. Y algo definitivo, aclara: el lenguaje. Una clave más en *Cien Años* es el humor, sin el cual no hay obra literaria maestra (Posada, 2004, p. 3).

Humor que no estuvo ausente en la escritura de Moreno-Durán: todo pueblo primitivo habla en verso y esa es la causa por la cual en Colombia hay tantos vates sueltos (Jaramillo, 2001). En cuanto a la nueva generación de escritores, creía que les había hecho demasiado daño la publicidad; los méritos de aquellos no deberían implicar el desconocimiento de los otros. Esta demanda es cierta, pero en literatura hay escritores leídos y reconocidos. La literatura sicarial ha llegado a rincones donde la “buena literatura” nunca había llegado. Como toda pandemia es inevitable y como todo “mal” tarde o temprano tendrá su cura. Es posible que la “pandemia del nadaísmo”, así lo define R. H. Moreno, no haya dicho nada, pero su influencia como difusor cultural es invaluable en la historia de la literatura colombiana.

Por tratar temas referidos a las primeras experiencias en el sexo, el ingreso a la universidad, las drogas, “novela de iniciación” ha sido llamada la literatura de Moreno-Durán (El Tiempo, 2006, pp.3-5). Cuando salió *Femina Suite*, *Juego de Damas*, *El Toque de Diana*, las feministas querían matarlo porque lo definían como un autor misógino. Pero lo que en realidad quería mostrar era una mujer universitaria, que coloniza el territorio, una mujer “amoral”. El referente más inmediato de la literatura de R. H. Moreno-Durán es la mujer: la ambigüedad de la perfección, como en *Las Meninas* de Velásquez.

A modo de cierre. Dos autores, una pluma incisiva

En estos días asistimos a la reedición de una serie de problemáticas en torno y sobre la universidad en nuestro país y en varios países del mundo como Chile, Canadá o España. Al parecer, los gobiernos, los medios y los estudiantes que se movilizan por las calles saben o recuerdan que sus luchas y posiciones tuvieron en los años sesenta y setenta del siglo pasado un momento de emergencia, que en cierto sentido, representó una ruptura frente a algunas tradiciones culturales y sociales. El uso de la violencia en la política bajo el cariz de la lucha armada como la vía expedita para transformar la sociedad desde sus cimientos, por ejemplo, fue interpretado en su época, por militantes y

analistas externos desde orillas distintas. Pervivencia secular de nuestra formación hispánica y cristiana o máxima forma de lucha política constituyen dos miradas sobre una época que cobran vigencia en un país que no ha resuelto problemas de larga duración.

El universo narrativo y ensayístico de Moreno-Durán y Gutiérrez Girardot no permite, en esta corta reflexión, siquiera cerrar un tema de sus preocupaciones, como el aquí esbozado: las relaciones entre universidad y sociedad. Dos ideas fundamentales de ellos permitirán cerrar el presente escrito *in memoriam*: su denuncia a los dogmas sacrales de la cultura y del alma máter y su oposición hacia ese capitalismo voraz que perpetúa las extremas desigualdades y que, en el caso de la educación, promueve el lucro. Tanto Gutiérrez Girardot y Moreno-Durán alzan su pluma contra los radicalismos de su generación. Ciertamente el mundo no cambió como lo pregonó la utopía comunista, uno de los más hermosos sueños de la humanidad. Por el contrario, quedó la experiencia del socialismo real de la Unión Soviética y la tensión, por ahora irreconciliable, entre el bienestar general y los límites a la individualidad (con sus ambiciones personales). Tanto Gutiérrez Girardot y Moreno-Durán creyeron en la utopía universitaria (con los ideales de su misión y tareas universales) y alzaron su pluma contra el dogma en todas sus expresiones, incluyendo los dogmas de su generación. En este propósito fueron incisivos con los radicalismos de su tiempo y con los protagonistas de los mismos.

En este cierre es necesario recordar que tanto la reflexión de Gutiérrez Girardot como de Moreno Durán se dieron en un momento histórico de reflujo y para algunos inexistencia del movimiento estudiantil. Los años ochenta además significaron cierta deriva del proyecto educativo universitario planteado desde los años sesenta, pues al no consolidarse el modelo educativo norteamericano en el país, convergió una situación financiera cada vez más acuciante, la necesidad de articularse a la globalización sin contar con los recursos suficientes y un estudiantado cada vez más apático e indiferente a las realidades que lo circundaban. La Ley 30 de 1992 que reguló el mundo de la educación superior fue el resultado de una coyuntura en la que además, se intentó renegociar el pacto social simbólico a través de una carta constitucional. La revisión de una época como los años sesenta a partir de un ensayo y la novela o la reflexión profunda y certera sobre lo que debiera ser la universidad como escenario del pensamiento moderno, se inscriben en su tiempo histórico, lo que no obstó para acometer esta reflexión sobre tesis sugerentes que guardan toda la fuerza de las voces que vivieron y pensaron la universidad colombiana.

En todo caso, es posible decir que a los individuos hay que tratar de comprenderlos en su estado social para no caer en los juicios y llamados a cuentas. El historiador, precisamente, advierte sobre el sesgo y el anacronismo de mirar una época con las palabras y juicios de otra. No se trata de excusar o condenar a Camilo o al Che y a los hombres y mujeres de una generación que optaron por unas convicciones y hechos políticos; de lo que se trata es de comprender sus actuaciones en el propio escenario del acontecer.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Fuentes documentales

Periódico El Tiempo

- Caribello, Andrés & Silva, Javier. (2006, febrero 15). *Camilo Torres, ¿capítulo cerrado?*
- Fals Borda, Orlando. (2006, febrero 25). “¿Está vivo Camilo Torres? Lecturas Dominicales de El Tiempo.
- Gutiérrez, Rafael. (2005, abril 23). *Mito: asomo nacional a la modernidad.* Lecturas Dominicales de El Tiempo.

Fuentes bibliográficas

Salazar, Patricia. (2004, junio 27). *Daniel el rojo habla sobre Colombia.* El Tiempo.

Acevedo, Álvaro. (1997). *La UIS: Historia de un proyecto técnico-científico.* Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.

----- (2004). *Modernización, conflicto y violencia en la Universidad en Colombia.* Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.

Atcon, Rudolph. (1961). *Universidad Latinoamericana: Clave para un enfoque conjunto del desarrollo coordinado social, económico y educativo en la América Latina.* Eco, Tomo VII, No. 1-3.

Bloch, Marc. (2001). *Apología para la historia o el oficio del historiador.* México: Fondo de Cultura Económica, 2ª ed.

Escobar, Arturo. (2007). *La invención del tercer mundo: Construcción y Deconstrucción del Desarrollo.* Caracas: El perro y la rana.

Espinosa, Germán. (2005). “Moreno-Durán: Una semblanza a vuelapluma”. En: Giraldo, Luz Mary (Ed.). *R.H. Moreno-Durán: Fantasía y Verdad. Valoración Múltiple.* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Fandiño, Fabio & Grisales, Paula. (2003, octubre 19). *A la izquierda del padre.* Un periódico.

García Lozada, Antonio. (2008). “Rafael Gutiérrez Girardot (1928-2005)”. En: Castro Gómez, Santiago, Hoyos Vásquez, Guillermo & Millán de Benavides, Carmen (Eds.) *Pensamiento Colombiano del Siglo XX.* Tomo 2. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Gutiérrez, Rafael. (1986). *Universidad y sociedad.* Bogotá: Argumentos Nos. 14, 15, 16 y 17.

Jursich Durán, Mario & Sánchez Lozano, Carlos. (1996). "Rafael Gutiérrez Girardot". En: Castro Carvajal, Beatriz & García-Pena Jaramillo, Daniel. (Dir.) *Gran Enciclopedia de Colombia*. Tomo 9. Bogotá: Círculo de Lectores.

Kalfon, Pierre. (1997). *Che: Ernesto Guevara, una leyenda de nuestro tiempo*. Barcelona: Plaza & Janés.

Le Bot, Yvon. (1985). *Educación e Ideología en Colombia*. Medellín: La Carreta.

Moreno-Durán, R. H. (1989). *La memoria irreconciliable de los justos: La Universidad Nacional en la década de los sesenta*. Análisis político, No. 7.

----- (2003, agosto 17). *Los intelectuales, entre la rebelión y el terrorismo: Sartre vs. Camus, cincuenta años después*. Un Periódico.

Posada Cano, Enrique. (2004, septiembre 26). *R. H.: En Colombia. Leer es morir un poco*. El Tiempo.

Rivas Polo, Carlos. (2010). *Revista Mito: Vigencia de un legado intelectual*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Sánchez Botero, Clara Helena. (2009). "Ciencia y educación superior en la República Liberal". En: Sierra Mejía, Rubén (Ed.). *República Liberal: Sociedad y Cultura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Torres, Vicente. (2006). *El mundo según Marguerite Yourcenar*. Bogotá: Iconos.

Vargas, Olmedo. (2000a). "Dinámica del movimiento universitario en Colombia: 1920-1930". En: Vargas Hernández, Olmedo (Comp.). *Archivos y documentos para la historia de la educación colombiana*. Tunja: RUDECOLOMBIA.

Vargas, Olmedo. (2000b). *Movimiento universitario, programas curriculares y universidad en Colombia durante 1921*. Revista de Historia de la Educación Latinoamericana, No. 2.

Recibido: Noviembre 18 de 2011

Aprobado: Mayo 7 de 2012